

PETER BURKE, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, traducción de Alberto Luis Bixio, Gedisa, Barcelona, 2022 (2ª edición), 144 pp. ISBN 9788418914614 (*The French Historical Revolution. The Annales School 1929-1989*, Stanford University Press, 1990).

Buenas noticias: Gedisa ha reeditado *La revolución historiográfica francesa*, un meritorio libro con casi un cuarto de siglo a cuestas. Y cabe suponer que ha tomado esa decisión porque el goteo de ventas que lo ha mantenido vivo durante todo ese tiempo ha hecho de él un buen negocio. El original inglés es de 1990. La traducción al castellano, de 1993, pero esa primera edición española ha conocido sucesivas reimpresiones que lo han convertido en una especie de modesto *long seller* historiográfico. Ahora aparece con el marchamo de “segunda edición”, aunque se trata de la misma traducción que realizó en su día Alberto Luis Bixio, manifiestamente mejorable. Un libro de éxito, pues, cuya fortuna descansa, a mi juicio, en tres patas. La primera consiste en el tema tratado, “la escuela de *Annales*”, quizá la corriente histórica más influyente y exitosa del siglo XX en el mundo occidental (tanto que sus innovaciones metodológicas, mucho menos teóricas, conformaron algo así como un “paradigma” para uso de historiadores inquietos), cuyo nombre deriva del de la revista que aglutinó a sus principales componentes. La segunda, en el autor, Peter Burke, uno de los más acreditados historiadores británicos del último tercio del siglo XX y de lo que va de este. Y la tercera, en lo que podemos llamar el “mercado”: aunque es un libro que puede ser leído por historiadores hechos y derechos o por el público culto en general, supongo que hay que buscar a sus “consumidores” preferentes entre el abundante estudiantado del grado de Historia de las universidades españolas y latinoamericanas, en cuyos planes de estudios son tan habituales las referencias a la “escuela francesa” que incluso esta puede ser materia de examen. No es extraño, en consecuencia, que los y las estudiantes busquen una guía cómoda para no perderse en lo que, si nos descuidamos, puede aparecer como un intrincado bosque.

Y, en efecto, el libro es bueno, incluso muy bueno para ese público que le intuimos, y ello a pesar de su condición ya casi de venerable por lo antiguo y a pesar de que un crítico muy fino –luego me pondré en ese papel– le podría achacar cierta parquedad en el tratamiento de un objeto que es sin duda complejo. En historia, sin embargo, la caducidad de las obras no alcanza la rapidez y la rotundidad que acontece en otras ramas del saber. Es más, esa venerable antigüedad puede procurar a un libro como este un atractivo añadido, ya que permite apreciar cómo se veían las cosas hace tiempo y así comparar con la percepción posterior que recogen volúmenes y artículos más recientes, y eso también es historia: desde 1990 ha pasado mucha agua por debajo del puente. Además, Burke es un autor que ha hecho de la concisión todo un arte, lo que confiere a sus escritos un distinguido toque de calidad. Su estilo elegante, sin una gota de grasa, huye de las expresiones alambicadas, los párrafos enmarañados y las frases abstrusas. Quizá por tal razón las obras salidas de su mano dan la sensación de

ligeras, una ligereza que se difumina si hurgamos un poco en el significado de lo que en cada momento dice. Con todo, no hay que negar que las reducidas dimensiones de *La revolución historiográfica francesa* necesariamente limitan la riqueza de sus contenidos. Es como un esqueleto de esos que se usan en las clases de anatomía humana en el que se han insertado el cerebro y las principales vísceras, pero en el que es inútil buscar los huesecillos del oído, el bazo, la tiroides o el talón de Aquiles.

Burke resume en un centenar de páginas (el resto son índices, notas, bibliografía y un interesante glosario que recoge “el lenguaje de *Annales*”) las peripecias de tan famosa “escuela” desde sus orígenes hasta 1989, organizándolas en una introducción y cinco capítulos. Hay que advertir, antes de pasar adelante, que el autor no es un indagador sin vínculos más allá de “lo científico” con su objeto de estudio. En realidad, coexisten en él el observador cercano y el estudioso que sabe que ha de esforzarse en mantener una cierta distancia intelectual con lo estudiado para contener el subjetivismo. Por un lado, desde los años sesenta Burke fue uno de los historiadores británicos que más simpatizó con el mundo de *Annales* –algo no tan común en las Islas Británicas, aquejadas de ombliguismo también en este campo– y llegó incluso a publicar en la revista francesa ya a principios de la década de los setenta, un privilegio que no estaba al alcance de todos. Su trato con muchos de los autores de los que habla en el libro que nos ocupa ha sido frecuente y amistoso. No parece desencaminado definirlo como un “compañero de viaje”; él mismo lo hace. Por el otro lado, Burke no es un historiador encerrado en un exclusivo nicho investigador (aunque sus principales obras versan sobre el período del Renacimiento) y ha dedicado buena parte de su trabajo a producir y reunir materiales destinados a reflexionar sobre la evolución de la historiografía en las últimas décadas, tarea en la que ha conseguido una extraordinaria acogida de crítica y público. Y hacer eso con rigor, con maestría en su caso, requiere criterio, esforzarse en mantener el distanciamiento en la mirada, adoptar una perspectiva amplia y cierta independencia de juicio, no simplemente encerrarse en una habitación con los amigos para hablar mal de todo aquel que no se halle en ella.

Unos amigos y conocidos, todo sea dicho, algunos de los cuales aparecen citados con nombres y apellidos como interlocutores en la página de reconocimientos que abre el volumen: una pléyade de nombres mayores del sacerdocio de Clío de la segunda mitad del siglo XX que solo puede generar admiración y respeto. Mírelos el lector: está bien lejos de mi intención efectuar ningún destripe. Me conformaré tan solo con anunciarle que Burke incluye entre ellos a dos historiadores españoles especializados en la Edad Moderna que han desarrollado su actividad sobre todo en la Universidad de Barcelona.

Sigue después una introducción en la que el autor plantea como objetivo de su libro “describir, analizar y evaluar la obra de la escuela de los *Annales*” (p. 12), una “escuela” que él prefiere considerar un “movimiento”, esto es, “una empresa colectiva a la cual numerosos individuos hicieron significativas contribuciones” (p. 14). Y ese movimiento se puede dividir en tres fases, de manera que el estudio específico de cada una de ellas constituye el grueso del texto.

Antes de hincar el diente en ello, y en un primer capítulo, “El antiguo régimen historiográfico y sus críticos”, Burke examina la “historia de los escritos históricos en el largo plazo” (p. 15). A grandes zancadas –en cinco rápidas páginas– el autor traza un recorrido que parte de Heródoto y Tucídides y acaba alrededor del año 1900, cuando la naturaleza de la historia era objeto de un vivo debate. Corría el tiempo en que Ernest Lavisse comenzaba a editar los diez tomos de su famosa *Histoire de France illustrée depuis les origines jusqu’à la Révolution*, Charles Seignobos y Charles-Victor Langlois publicaban su *Introduction aux études historiques*, la sociología de Emile

Durkheim y sus discípulos, con François Simiand en posición destacada, desdeñaba la historia por ocuparse de hechos particulares y Henri Berr llamaba a los historiadores a colaborar con otras disciplinas, como la psicología y la sociología, en su *Revue de Synthèse Historique*. Corría el tiempo asimismo en que Lucien Febvre y Marc Bloch, los que acabarían siendo los archiconocidos padres de *Annales*, se formaban en la prestigiosa École Normale Supérieure. Por cierto, en el libro de Burke los títulos de los libros franceses aparecen traducidos al castellano aun si no existe edición en esta lengua y a menudo simplificados. Yo optaré por respetar siempre el título original en mi reseña.

El segundo capítulo, “Los fundadores: Lucien Febvre y Marc Bloch”, se centra en la vida y obra de ambos historiadores, protagonistas de la primera fase de la “escuela”. En el epígrafe inicial, “los primeros años”, Burke señala las influencias que uno y otro recibieron en su proceso de formación. El geógrafo Paul Vidal de la Blanche, el antropólogo Lucien Levy-Bruhl, el historiador del arte, Émile Mâle y el lingüista Antoine Meillet fueron profesores de Febvre de quienes este aprendió mucho, en especial del primero. Pero también se mostró admirador de la obra de Jules Michelet, de Jacob Burckhardt, de Louis Courajod y de Jean Jaurès. Y muy pronto entró en contacto con Henri Berr. Bloch, por su parte, recibió también los influjos de Meillet y de Levy-Bruhl, pero su mayor deuda intelectual, según él mismo reconoció, la contrajo con Durkheim. Ambos, pues, tendieron a pensar de una manera interdisciplinaria, más atraído por la geografía Febvre; por la sociología, Bloch. El primero se convirtió en un cultivador de la historia moderna; el segundo, de la medieval.

Y se encontraron en el claustro de la Universidad de Estrasburgo en 1920, año en el que Burke abre un segundo epígrafe que analiza el ambiente de esa institución como “medio” que “favorecía las innovaciones intelectuales y facilitaba el intercambio de ideas a través de fronteras disciplinarias” (p. 23), un lugar muy especial en el que Bloch y Febvre ocupaban despachos adyacentes y dialogaban cotidianamente con estudiosos de la categoría del psicólogo social Charles Blondel, el sociólogo Maurice Halbwachs, el historiador de la literatura Henri Bremond y aquel gran renovador de la historia de la Revolución Francesa que fue Georges Lefebvre. En ese ambiente, en ese medio, Bloch compuso una de sus obras mayores, *Los reyes taumaturgos*, de 1924, libro precursor tanto de la “historia de la larga duración” (estudiaba una ceremonia que se celebró durante la Edad Media y la Edad Moderna) como de la “historia de las mentalidades” (Bloch utilizaba expresiones como “psicología religiosa”, “representaciones colectivas” o “hechos sociales”), a la cual Burke dedica un par de páginas, mientras que Febvre escribía una serie de artículos sobre el Renacimiento y la Reforma, orientados a la historia social y la psicología colectiva (relacionaba la historia religiosa con la historia social de una manera novedosa) que el autor inglés también evalúa. La opción metodológica que Burke toma a lo largo de todo su texto es justamente esa: salpicar la narración de una suerte de reseñas, de breves *comptes rendus*, del puñado de obras debidas a autores de la corriente que han causado mayor impacto en la profesión histórica o han gozado de mejor acogida del público.

Se llega así a 1929 y a la fundación de *Annales d'histoire économique et sociale*, el órgano que haría de portavoz del enfoque interdisciplinario de la historia por el que abogaban Febvre y Bloch, admiradores por igual de Henri Pirenne, el reputado historiador belga de la economía a quien propusieron infructuosamente dirigir la revista, de modo que fueron ellos quienes se convirtieron en codirectores. Bloch, además, publicó en los años siguientes dos libros muy importantes sobre la economía y la sociedad medieval, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* y *La société féodale*, que Burke de nuevo pondera y analiza: el primero como aplicación excelente del “método regresivo”, leyendo la historia hacia atrás; el segundo como una

ambiciosa síntesis de lo que Burke llama “la cultura del feudalismo” (p. 31), una obra en la que Bloch utiliza expresiones como “consciencia colectiva”, “memoria colectiva”, “representaciones colectivas” o “maneras de sentir y de pensar”.

Tanto Febvre como Bloch dieron el salto a París. Febvre en 1933 para hacerse cargo de una cátedra en el Colegio de Francia y Bloch en 1936, cuando se convirtió en catedrático de historia económica de la Sorbona. París bien valía una misa: era el centro de la vida intelectual francesa y *Annales* pasó a ocupar desde entonces un lugar eminente entre las revistas de historia galas. Es en esos años inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Mundial el momento en que Burke sitúa “la institucionalización de *Annales*” y su plena conversión en una “escuela”, al tiempo que los iniciales discípulos de los dos padres fundadores comenzaron a dispersarse por las universidades francesas. Durante la guerra, Bloch, que se alistó con cincuenta y tres años en el ejército y murió fusilado en 1944, escribió dos textos que vieron la luz tras el triunfo aliado, *L'Étrange Défaite* (un intento de comprender el colapso francés de 1940) y la inconclusa *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, a juicio de Burke “una introducción lúcida, moderada y sensata a ese tema” (p. 33). No puedo estar más de acuerdo: sigue siendo una lectura recomendable tanto para cualquier aprendiz de historiador como para cualquier historiador, sea bisoño o experimentado.

Febvre, por su parte, que ya no tenía edad para ser movilizado, trató de mantener contra viento y marea la publicación de la revista pese a los procelosos tiempos. A la vez se dedicó a escribir artículos y libros sobre su nicho investigador, el Renacimiento y la Reforma. El fruto más acabado, y sin duda la obra más importante de su producción, dejando a un lado las famosas recopilaciones de artículos en que ejerce de apasionado combatiente por la historia (y que, a mi juicio, merecen seguir siendo leídas como eficaz antídoto contra el conformismo académico), es su *Le problème de l'incroyance au XVI^e siècle. La religion de Rabelais*, publicado en 1942 y que Burke, especialista precisamente en esa temática y período, analiza a conciencia. A fin de cuentas, lo considera “uno de los trabajos de historia más fructíferos” publicados en el siglo XX (p. 34), lo que lo lleva a remarcar sus aciertos sin ocultar sus más obvias debilidades, y a concluir que el Rabelais de Febvre “continúa siendo una obra ejemplar por las cuestiones que plantea y por los métodos que sigue más que por las respuestas que da” (p. 36). El uso del concepto de “utillaje mental”, la diferenciación entre “tiempo medido” y “tiempo experimentado”, o la adopción metodológica de una especie de “vía negativa”, buscando “las palabras que faltan” para poder expresar la incredulidad en aquel entonces, conforman innovaciones resaltadas por Peter Burke que hacen de este volumen, junto a *Los reyes taumaturgos*, el antecesor de la historia de las mentalidades. También, cabe añadir, un conseguido exponente de lo que el mismo Febvre llamó la “historia problema”: esa fértil propuesta en que el historiador parte de preguntas que orientan su investigación, no de un objeto preconstituido.

El capítulo tercero, “El período de Braudel”, es el más largo del libro y trata la segunda fase de la escuela de *Annales*, una segunda generación identificada con la figura prominente de Fernand Braudel, bajo cuya égida la corriente alcanzó no solo una simpar influencia “científica”, sino además un inusitado poder académico. El camino que condujo a esa especie de toma del palacio de invierno del campo intelectual francés y su conversión en una ortodoxia, sin embargo, ya se había iniciado en el último epígrafe del capítulo anterior, cuando Burke refiere cómo Febvre participó, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, en la reorganización de la educación superior francesa, en concreto de la *École Pratique des Hautes Études*, fundando dentro de ella una sección, la sexta, dedicada a las “ciencias sociales”, de la que se convirtió en presidente. Y cómo sus principales discípulos y amigos fueron

colocados por él en posiciones clave de esa institución o de la renacida revista que desde 1946 se llamó *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*: Charles Morazé, Robert Mandrou y el mencionado Fernand Braudel.

Braudel, claro está, no recibe la atención de Burke solo por su papel central en las relaciones de poder académico de la Francia de mediados del siglo XX. En realidad, si Braudel ocupa un lugar importantísimo entre los historiadores del siglo pasado es por haber escrito una de las cimas de la historiografía de su época, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. Burke, que lo sabe de sobra, dedica a esta obra diez páginas de su libro (es decir, la décima parte del total del cuerpo principal del mismo), entreteniéndose en explicar su gestación, los elogios que mereció y las principales críticas que ha recibido. La manera en que Braudel desarrolló su investigación en los años treinta recorriendo los archivos de las ciudades del Mediterráneo cristiano, con el Archivo de Simancas en posición privilegiada, las peripecias que afrontó para confeccionar un manuscrito en las condiciones extremas de un campamento alemán de prisioneros de guerra, el papel de Febvre en la inversión de los términos de una tesis que en principio iba a tratar de Felipe II y el Mediterráneo y después mutó en la definitiva formulación del Mediterráneo y Felipe II, son reseñados debidamente por Burke. Sin embargo, lo más importante es el análisis que este efectúa de la obra publicada, organizada por Braudel en tres partes: una historia poco menos que inmóvil centrada en la relación entre el hombre y el ambiente focaliza la primera, donde Braudel se atreve a crear la “geohistoria”; la “cambiante historia de las estructuras económicas, sociales y políticas” es acogida en la segunda; y, como cierre, la “historia del rápido movimiento de los acontecimientos” es el objeto de la tercera (p. 39). Texto muy ambicioso, señero, que inventa, reformula o populariza expresiones como “larga duración”, “estructura”, “traición de la burguesía” o “falso gran hombre” (no me gustaría ocultar que disfruté leyéndolo), Burke no duda en equipararlo a *Guerra y paz* de Tolstoi, la novela a la que “se parece no sólo por su escala, sino también en su conciencia del espacio y en su sentido de futilidad de la acción humana”, y en el hecho de que “amplió permanentemente las posibilidades del género en que está escrito” (p. 47). A mi modo de ver, una comparación aguda.

El Braudel maduro nos es presentado a continuación por Burke como un hombre poderoso que no solo condicionó con su prestigio la historia que se escribía en su tiempo en Francia y más allá o ejerció la dirección de *Annales* a partir de la muerte de Febvre (desde 1969 en comandita con un conjunto de historiadores más jóvenes amamantados en su pecho), sino que, dada su condición de presidente de la sexta sección de la École (un cargo que heredó igualmente de Febvre) y fundador de la Maison des Sciences de l'Homme (dedicada a las indagaciones interdisciplinarias de ciencias humanas), controlaba los fondos destinados a financiar programas de investigación en este anchuroso campo, las publicaciones e incluso los nombramientos. La historia era, para Braudel, la reina de las ciencias sociales, y su papel como guía y animador de una nueva generación de historiadores que, criados en la interdisciplinarietà, acabarían por formar la “tercera generación” de *Annales*, no puede ser discutido ni negado.

Antes de ello, sin embargo, a Braudel aún le quedaba cuerda para rato. Sus tareas de “organizador”, nos dice Burke, no le impidieron trabajar en estudios históricos enormemente ambiciosos. La “historia de la cultura material” sería el objeto de los tres volúmenes de *Civilisation matérielle et capitalisme*, en la que Braudel volvió a demostrar su gusto por la compartimentación en tres niveles, aunque aquí no son en absoluto los de su libro sobre el Mediterráneo. El anterior motor de tres tiempos se transmuta en un edificio de tres pisos en este voluminoso texto centrado en la historia económica de la Edad Moderna. En la planta baja se sitúa la “civilización

material”, una categoría braudeliana que Burke, con razón, considera que no dista mucho del concepto de “base” de Marx y que engloba el número de los hombres (el lenguaje de Braudel, ni el de nadie, no era aún inclusivo) y su evolución, la alimentación, las fuentes de energía... En el nivel medio habitan “los intercambios”, la “vida económica” concebida globalmente y entendida como un sistema de reglas y necesidades “casi naturales” mediante las cuales producción y consumo se encuentran en el mercado. Y en el piso alto, en el tercer nivel, el “mecanismo capitalista” (algo así como la “superestructura” de Marx, según Burke). Las principales novedades del primer volumen, que trata el piso bajo, son la inclusión de conceptos como “vida cotidiana” y la citada “civilización material” y su nulo interés por el febvriano utillaje mental. En el segundo, “los juegos del intercambio”, Braudel describe los engranajes de distribución y tráfico económicos de una manera que demuestra, para Burke, su “notable don de apropiarse de ideas de otras disciplinas para hacerlas suyas” (p. 53). Así, la teoría del lugar central de Walter Christaller, la formulación por Georges Gurvitch del “pluralismo de las sociedades”, las aportaciones del economista Simon Kuznets y las del “polígrafo” –de ese modo lo llama Burke– Karl Polanyí fueron explotadas por un Braudel que quería guardar las distancias con Marx y el marxismo, una corriente intelectual que él consideraba “demasiado rígida” (p. 54). En el tercer volumen, “el tiempo del mundo”, Braudel, que también se mostraba alérgico a Weber (Burke lo señala), pasaba de la estructura al proceso, aplicándose por ello a explicar el nacimiento del capitalismo y su dinámica, para lo cual abandonaba el eclecticismo del volumen anterior y se apoyaba en las ideas de Immanuel Wallerstein y su concepto de “economía mundo”. Pese a las inexactitudes y lagunas que se pueden hallar en estos tres volúmenes y pese a que su autor no estaba dispuesto a “admitir autonomía a la cultura”, Burke considera que “los rasgos positivos de la trilogía de Braudel superan en mucho a sus defectos” (p. 55), ya que constituyen una síntesis magnífica de la historia económica de la Europa de la Edad Moderna y acierta a situarla en un contexto comparativo. Yo no la admiro tanto: he de reconocer que nunca he conseguido leerla de cabo a rabo.

Mientras Braudel organizaba e historiaba, otros autores más o menos próximos a él realizaban diversas aportaciones que acabaron incorporadas al cada vez más rico acervo de la escuela. Burke destaca entre ellos, como cabía esperar, a Ernest Labrousse, historiador de la economía, marxista y situado en los bordes de *Annales*, no en su centro, y que investigando los precios dio carta de naturaleza a la “historia cuantitativa”. Su hábil empleo de gráficas y tablas, su preocupación por las tendencias a largo plazo, las “crisis cíclicas” y los “interciclos”, su capacidad para aprovechar las teorías y métodos de economistas como Juglar y Kondratieff, abrieron un camino por el que transitaban otros autores como Pierre Chaunu, autor de *Séville et l’Atlantique (1504-1650)*, “quizá –asevera Burke– la tesis histórica más larga que se haya escrito alguna vez” (y en efecto: consta de doce tomos nada menos, y hubo de ser coescrita con su mujer Huguette), una obra que tomaba el Atlántico como objeto, “se concentraba en todo aquello que pudiera medirse” y “puso en circulación” el par de términos, “estructura” y “coyuntura”, que se incorporaron definitivamente al bagaje de los *annalistes* (p. 59).

El enfoque cuantitativo, prosigue Burke, conquistó igualmente la historia de las poblaciones, incorporando la atención a la demografía histórica a la de la historia económica y social entendida en sentido más amplio. En este caso fue Jean Mauvret quien cumplió el papel de Labrousse y roturó un campo que se llenó de monografías de historia regional, fundamentalmente centradas en la Edad Moderna. Burke destaca de entre ellas la monografía de Pierre Goubert sobre Beauvais y su región, pero también cita las de Pierre Vilar sobre Cataluña, Emmanuel Le Roy Ladurie sobre el

Languedoc y Michel Vovelle sobre Provenza. Unos estudios que acertaron a maridar lo económico y lo social, “combinaban las estructuras de Braudel, la coyuntura de Labrousse y la nueva demografía histórica” y que, según sostiene Burke, “constituyeron la realización más notable de la escuela de *Annales* durante la década de 1970” (p. 62). El historiador inglés incide, para acabar el capítulo, en la importancia que alcanzó *Les paysans de Languedoc*, de Le Roy Ladurie, un novedoso intento de “historia total” que se extendía por un período de más de dos siglos y se organizaba de acuerdo a criterios cronológicos para caracterizar las tres fases de un gran ciclo agrario. Y que rompía con el esquema acostumbrado en proyectos similares porque en cada fase Le Roy Ladurie trataba también fenómenos culturales e incluso acontecimientos como los, gracias a él, famosos del “carnaval de Romans”.

El cuarto capítulo se titula “La tercera generación” y es casi tan largo como el anterior. El envejecimiento de Braudel dejó paso a una fase más coral, donde un liderazgo similar al de este o al de Febvre ya no existió. Los *annalistes*, centro de gravedad sobre el que gravitó la llamada *nouvelle histoire* (nombre comercial que acabó por funcionar como una especie de sinónimo de la práctica de la escuela y sus adláteres), ampliaron de manera considerable el territorio del historiador, planteando nuevos problemas, probando nuevos métodos e identificando nuevos objetos de estudio. Así, se ocuparon de la historia de las mujeres o se abrieron a ideas procedentes del exterior. Burke trata primero de la obra de algunos coetáneos de Braudel que se interesaron más por el “desván” –entendiendo por tal los aspectos culturales del “tercer nivel”– que por el “sótano” geohistórico y económico, incluyendo los que habiéndose iniciado en el análisis de este ascendieron hacia el estudio de aquel. Los autores que llama a escena son Philippe Ariès, que se interesó por la infancia y la vida familiar en el Antiguo Régimen o por las actitudes ante la muerte, Alphonse Drumont, que se ocupó de la historia de la religión, Robert Mandrou, interesado por la cultura popular, y Jean Délumeau, que convirtió el miedo en objeto de estudio. Es decir, *annalistes* estrictos y hombres de los bordes.

Esta tercera generación, continúa Burke, encumbró la “historia de las mentalidades”, llegando a hacer de ella la tendencia principal de *nouvelle histoire*. Jacques Le Goff y Georges Duby, ambos medievalistas, lucieron en este campo, se labraron una sólida reputación, sobresalieron al escribir importantísimas obras que bucearon en “el imaginario” de la historia y retomaron la parte del legado de Bloch y Febvre que Braudel había negligido. *La Naissance du purgatoire*, del primero, y *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, del segundo, son los libros que merecen una especial atención de Burke. Dos libros que he de reconocer que devoré con placer hace varias décadas y que siguen siendo, a mi juicio, dos cumbres de la historiografía producida por la escuela.

La aplicación de métodos cuantitativos al “tercer nivel”, al “desván” en que se entendió que habitaban los fenómenos culturales, también fue un terreno en que los *annalistes* postbraudelianos se movieron con habilidad. Burke señala aquí el papel precursor de Gabriel Le Bras, un sacerdote católico de la generación de Bloch y Febvre con los que estuvo relacionado. Pero sobre todo se dedica a valorar el estudio que Michel Vovelle consagró al problema de la “descristianización” en la Provenza dieciochesca. *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle*, que es el título del libro, construía e interpretaba estadísticas para explicar un proceso de cambio estrictamente cultural, lo que “causó cierta sensación intelectual” (p. 78) al decir de Burke. El virtuosismo de este libro inspiró otros trabajos cuantitativos sobre historia cultural, en particular en el estudio de la alfabetización, los hábitos de lectura de los diversos grupos sociales o las actitudes ante la muerte, que llevaron a

perfeccionar el uso de tecnologías de la información e incluso a una floración de las investigaciones en equipo.

El capítulo se cierra paradójicamente con un análisis de las reacciones que surgieron en el grupo frente a lo que se entendió como los peligros de una historia excesivamente apoyada en sofisticados métodos cuantitativos. La primera es, para Burke, el llamado “giro antropológico”, alimentado por lecturas de Pierre Bourdieu y de Michel de Certeau. La ponderación de *Montaillou, village occitain de 1294 à 1324*, de Emmanuel Le Roy Ladurie, sin duda el mayor *best seller* de la *nouvelle histoire*, ocupa dos páginas del capítulo; la de los trabajos de Roger Chartier sobre la historia del libro, otros dos. La segunda reacción consiste en “el retorno al tema político” (p. 87). En este caso es la figura de Maurice Agulhon el que centra la mayor atención. Burke no duda en buscar parecidos entre la tarea de este historiador francés y la del inglés Edward Thompson, una comparación que, leída con cuidado, está muy lejos de resultar absurda. Y la tercera se cifra en “el renacimiento de la forma narrativa” (p. 90), algo que se ilustra con referencias a diversos miembros de esta “tercera generación”, de Duby y Le Goff a Le Roy Ladurie. Un *revival* que, visto desde ahora, no debería sorprendernos. No me parece que nadie pueda pensar que un volumen repleto de tablas, gráficos y estadísticas constituya una lectura apetecible excepto –y aun– para un pequeño grupo de iniciados. Ese retorno a la narrativa y a la preocupación por la forma de escribir expresaba una necesidad compartida de luchar contra la aridez y la exclusión del gran público intrínseca a los modelos más extremos de la historia cuantitativa, como la llamada “historia serial”. Y puedo atestiguar que la experiencia de leer a Agulhon, a Chartier o el *Montaillou* es tan gratificante, o al menos en mi caso lo ha sido, como leer a Le Goff o a Duby.

Un quinto capítulo, bastante más corto, se ocupa de situar a “*Annales* en una perspectiva global”. Burke examina en él la recepción de la escuela fuera de las fronteras de Francia (singularmente en Italia, en Polonia, en Alemania y en Gran Bretaña: la ausencia de España constituye un elocuente silencio), la difusión de sus propuestas más allá de los períodos medieval y moderno que habían conformado tradicionalmente su principal núcleo de atención, y la relación del grupo con otras disciplinas y autores que no eran propiamente historiadores: Michel Foucault en el último caso; la geografía, la sociología y la antropología como disciplinas donde los puntos de vista de *Annales* han hallado eco.

El capítulo se cierra con la formulación de dos preguntas: “¿Hasta qué punto es nueva la historia de estos historiadores? ¿Y hasta qué punto es valiosa?” (p. 104). Y con las respuestas de Burke. A la primera, que “si bien las innovaciones individuales vinculadas con el grupo de *Annales* tienen precedentes y paralelos, la combinación de tales innovaciones no los tiene” (p. 105). Nada que objetar, por mi parte, a tal aseveración. A la segunda, que “la obra sobresaliente del grupo de *Annales* durante las tres generaciones fue la conquista de vastos territorios para la historia”. El grupo, sostiene Burke, “ha extendido el territorio del historiador a zonas inesperadas de la conducta humana y a grupos sociales antes descuidados” por la historia tradicional. Tales “ampliaciones” se hallan ligadas con el “descubrimiento de nuevas fuentes y con el desarrollo de nuevos métodos para explotarla”. Pero asimismo se deben “a la colaboración con otras disciplinas que estudian al hombre, desde la geografía a la lingüística y desde la economía a la psicología”. Y “esta colaboración interdisciplinaria”, concluye el historiador inglés, “fue una acción sostenida durante más de sesenta años, un fenómeno que no tiene paralelos en historia de las ciencias sociales” (pp. 108-109). *Chapeau!*

Tras ello, las pocas páginas en las que se recoge como glosario “el lenguaje de *Annales*” (pp. 110-113) ofrecen una guía para lectores poco familiarizados con la

terminología utilizada por los historiadores de la corriente. Burke reúne y clarifica en ellas docena y media de expresiones que han llegado a formar parte del acervo común de la disciplina histórica con mayor o menor aceptación y acuerdo, desde “estructura” y “coyuntura” a “mentalidades”, “nueva historia” o “historia total”. He echado en falta, sin embargo, otras que creo que también merecerían estar de la lista: “sociabilidad”, un término muy útil que popularizó Agulhon; “crisis de subsistencia”, que tanto debe a Meuvret; “lugares de memoria”, acuñado por Pierre Nora (los dos primeros volúmenes de *Les Lieux de mémoire* ya estaban publicados cuando Burke escribió su libro); “egohistoria”, otro vocablo introducido por el mismo Nora; e incluso, si bajamos un escalón en el Olimpo terminológico, el “historiador dominguero”, de Ariès.

No me cabe duda de que el libro participa de la admirable amenidad que es consustancial a Burke, un autor, como se apuntó más arriba, dotado de un estilo claro en su sobriedad y que huye de preciosismos y excursiones a los cerros de Úbeda. Su capacidad para centrar los temas e iluminarlos con cabal precisión no puede ser sino envidiada por aquellos que, como me ocurre a mí, sufrimos al ver cómo los textos nos crecen en el proceso de escritura, tendemos a emborracharnos de palabras, demasiadas veces nos perdemos en digresiones y no sabemos hacer un buen uso ni de tijeras ni de teclas de borrado. Pese a algunas discutibles decisiones del traductor (que cuando realizó este trabajo no debió tener su mejor día), leer este libro bien narrado y bien trabado es tan agradable como instructivo. No me cabe duda de que constituye un excelente ejercicio de animación lectora que puede excitar la curiosidad de aquellos que se le acerquen y llevarlos a querer conocer las obras que en él se comentan. Lo que no significa, con todo, que pueda ser calificado de inmejorable.

Me pongo en plan crítico fino, como anuncié, y explico esto último. A mi parecer, algunas obras importantes debidas a historiadores *annalistes* son ignoradas o tratadas demasiado sucintamente por Burke, a la vez que falta una mayor profundidad analítica en algunos epígrafes. Ya sé que eso hubiera requerido un libro con el doble o el triple de páginas, qué le vamos a hacer, pero a menudo a uno le embarga la sensación de haberse quedado con la miel en los labios. O de que ha aprendido mucho sobre el cerebro y el corazón, pero se ha perdido la clase en que se explicó la importancia de la tiroides, el bazo o los huesecillos del oído. No hay, empero, que llevar esta crítica hasta el extremo. El libro de François Dosse, *L'histoire en miettes: Des Annales à la "nouvelle histoire"*, publicado en 1987, es bastante más voluminoso y, por ello, es capaz de descender a honduras que Burke evita. Aunque, por eso mismo, también es más difícil de leer para quien, como decía la Santa Madre Iglesia, no sea “un lector bien formado”. Si pensamos en un público ideal de estudiantes universitarios, lo que señalamos como una falta es, en Burke, una indiscutible virtud. Pero no puedo sino lamentar la escasa o nula atención que el autor presta a historiadores u obras tan importantes como el citado Jean Meuvret, Charles Morazé, Marc Ferro, Pierre Vilar (sin el cual la influencia de *Annales* en el mundo hispanohablante no hubiera alcanzado la relevancia que hace medio siglo tuvo), François Furet y su *Penser la Révolution française*, o el *Dictionnaire des sciences historiques* que compiló André Burguière. Cabe insistir, la delgadez del libro debe aducirse como la razón última y suficiente de estas devaluaciones cuando no omisiones: una obra tan sintética no permite mayores florituras. ¡Pero qué lástima!

Por lo demás, da la impresión de que Burke, generalmente perspicaz, allá por 1989 mostraba cierta miopía, no diré que ceguera, ante la “crisis” de la corriente que acontecía ante sus mismos ojos. De alguna manera, con el despliegue apabullante, pasmoso, de la “tercera generación”, el dinámico movimiento de *Annales* comenzó a morir de éxito, fragmentándose y disolviéndose en un entorno disciplinar más amplio al tiempo que soplaban recios los vientos de un triunfante postmodernismo que, al

menos en el terreno historiográfico, le debía en parte la génesis. El grupo, que había hecho de la ampliación temática, la innovación metodológica y el préstamo interdisciplinar algo así como la santísima trinidad de un reconocible espíritu de escuela, no compartió nunca una base teórica suficientemente sólida y común, lo que dificultó –o mejor, impidió– la consolidación de su manera de hacer la historia como un “paradigma” duro. Los miembros y compañeros de viaje de la corriente nunca formaron una secta cerrada, sino todo lo contrario, e incluso hicieron gala de cierto pluralismo político. En su seno convivieron marxistas como Labrousse, Vilar, Agulhon y Vovelle, socialdemócratas como Burguière y Ferro, comunistas que viraron al neoliberalismo como Le Roy Ladurie y Furet, gaullistas confesos como Chaunu, y algún reaccionario que se moderó con el tiempo, como Ariès. De todo hubo en aquella feraz viña del señor. Y cuando comenzaron a soplar los vientos que barrieron a la Unión Soviética, esa cohabitación se tornó algo incómoda.

Pero de eso, que podía percibirse por aquel entonces si se disponía de un buen olfato, no va este libro. Leyéndolo, parece que Burke tiene claro que escribe una historia que es ya la de un ayer exitoso, sin preocuparse de qué ocurre en un hoy problemático ni proyectarlo sobre un mañana incierto. Incluso los últimos capítulos del libro están escritos en pretérito, no en presente. El historiador inglés, seducido por la pujanza de larga duración de su objeto de estudio, con el que abiertamente simpatizaba, parece que no se atrevió a hurgar en las grietas evidentes en ese hoy resbaladizo del que no se ocupó y que para nosotros es ya pasado.

Esa constatación, claro está, impide que sea justo exigir al libro lo que no puede darnos dada la fecha en que fue escrito: una historia detallada de esa “crisis”, de esa especie de disolución de la escuela nacida de Bloch y Febvre que muchos advirtieron en las últimas décadas del siglo pasado. En 1996, cuando Gerard Noirel publicó *Sur la “crise” de l’histoire*, la cuestión ya podía ser objeto de concienzudo análisis, de abierto debate. Pero seis o siete años antes, cuando Burke redactó su libro, la magnitud de esa “crisis” estaba lejos de ser conocida por más que ofreciera unos síntomas de su existencia y entidad que el historiador inglés orilla. Voces autorizadas habían tomado ya conciencia de que el “desmigajamiento” –por decirlo con la famosa expresión de Dosse– de la historia que se había producido a manos de la tercera generación de *annalistes*, cuyos componentes, por cierto, estaban aún en plena producción, había llevado a que la corriente se descentrara, se desdibujara y se difuminaran algunas de sus marcas de identidad. Esa tercera generación había dejado que nacieran mil flores y el precio había sido una especie de enmarañamiento visual de lo que había sido largo tiempo un jardín tan fértil como bastante ordenado. Algo que llevó a los rectores de la revista-madre a ponerse el traje de jardinero y trabajar en la regeneración del huerto.

El futuro, sin embargo, no estaba escrito. Es sabido que de la mano de Bernard Lepetit, un discípulo de Goubert, la revista intentó un “giro crítico” expuesto en famosos editoriales datados en 1988 y 1989 (es decir, en los mismos días en que Burke preparaba su libro), abrió el consejo de redacción a no historiadores e incluso cambió de nombre en 1994, año desde el que se denomina *Annales. Histoire, sciences sociales*. Una “cuarta generación” –de discutida existencia; hay quien la ha calificado como “inencontrable”– siguió manteniendo el tipo y el prestigio –el propio Lepetit mientras vivió, un Roger Chartier maduro, prolífico y conocido y reconocido internacionalmente...– en aquel complejo final de siglo repleto de incertidumbres, propaganda burda sobre “el fin de la historia” y pensamientos “débiles” cuando no “únicos”, pero hay que reconocer que el grupo dejó de ocupar el papel protagonista, casi rector, que representó en las anteriores décadas en el abigarrado escenario de la historiografía occidental. La muerte temprana y desgraciada de Lepetit, para más inri, privó a la desmigajada escuela de un posible líder capaz de encabezar una

reorientación epistemológica y un rearme teórico y metodológico que sirvieran para rehacer –o no deshacer aún más– la personalidad de un movimiento en reflujos que parecía dispersarse más que empantanarse. Algo que probablemente tampoco habría ocurrido sin avatar tan luctuoso. En todo caso, lo que se produjo tras 1989 fue una insistencia en la importancia de la apertura a la interdisciplinariedad, inscrita desde el principio en el ADN de esta forma de investigar y escribir la historia.

En la actualidad la revista *Annales* sigue existiendo. Es un activo de la cultura francesa demasiado precioso como para dejarlo morir. De hecho, sigue siendo la revista francófona de historia más difundida en el mundo. Pero nuestro tiempo ya no es el de los padres fundadores, ni el de Braudel ni el de sus discípulos. El de ahora es más que nunca el del dominio de la hamburguesa y el todopoderoso dólar, el desorden neoliberal, la resaca del postmodernismo, las guerras culturales y el pluralismo metodológico. La revista parisina luce solo como una estrella más en una nebulosa densa y confusa que parece girar alrededor de un agujero negro, a la vez que da la impresión de que el espíritu de escuela se ha relajado cuando no desvanecido. En los últimos años el responsable máximo de la publicación –el “director de la redacción”– es un clasicista, Vincent Azoulay, pese a que desde el principio habían sido los especialistas en historia medieval y moderna, con algún injerto de historiador del periodo contemporáneo, los *annalistes* más conspicuos.

El declive de la escuela de *Annales* puede ser visto, así, como otro jalón de lo que se suele tomar, apresuradamente, como decadencia y caída de la cultura francesa, cuando no es otra cosa que una pérdida de poder rasa y llana, una muestra más, y bien palpable, del desplazamiento también en el terreno intelectual de la vieja Europa hacia la periferia. Prácticamente todas las obras principales de Bloch y Febvre, de Braudel y sus coetáneos, así como de la prolífica tercera generación de *Annales*, se tradujeron en su día a las principales lenguas “de cultura” europeas. Sin embargo, y por poner sólo el ejemplo del mercado hispanohablante, ni los libros de Lepetit (*Les Villes dans la France moderne*, pongamos por caso) ni los *Les Lieux de mémoire* de Nora se han vertido al castellano (sí algunos artículos del primero y algunos epígrafes del segundo). Las editoriales ya no ansían, como sucediera antaño, conseguir los derechos para traducir a los últimos vástagos de *Annales*, acaso difíciles de identificar, ni aun a los historiadores franceses en general. Fuera del estricto ámbito de los clasicistas, ¿quién conoce en España a Vincent Azoulay? Significativamente, *Annales* sigue siendo una revista francesa que se publica en francés, pero que tiene asimismo una edición en inglés, la lengua franca del milenio en que vivimos y que amenaza con hacer enmudecer al resto (y no solo en Occidente). Lo anglosajón, como en tantas otras cosas, también en los andurriales de las ciencias blandas, las llamemos sociales o humanas, tiende al imperialismo más extremo y a eclipsar lo que se hace más allá de sus casas editoriales, sus *papers* y sus campus universitarios. París hace tiempo que perdió su luz como centro del mundo. Y el campo de la historiografía dejó de ser un corral donde quienes cacareaban más alto eran los gallos franceses. También aquí los tiempos han cambiado que es una barbaridad.

Joan J. Adrià i Montolíó